

Roberto Meza Fuentes

## Rubén Darío, poeta clásico

Lejanos los días del modernismo, bella revolución mental iniciada en Chile con la publicación, primero en nuestras revistas y periódicos, después en libros, de los cantos y los cuentos de Rubén Darío, podemos hoy afirmar, después de un estudio atento y sereno de la obra del gran nicaragüense, que ella representa la floración exquisita y admirable del mayor clásico de la literatura española contemporánea.

Su prosa y su verso significaron el fin de una época y marcaron el alborear magnífico de una nueva sensibilidad. Se inspiró en modelos extranjeros pero como tenía íntimas congojas que cantar, expresándose a sí mismo expresó también en su canto el alma de su tiempo y de su raza. Los libros extraños fueron caminos para descubrir e iluminar su propia alma y revelar el secreto de una expresión literaria inaudita.

Su obra de Chile, la que hasta hoy conocíamos y la que ha sido exhumada por la investigación más reciente, nos muestra a un joven ávido de todas las cosas, un enamorado de Grecia a través de Francia, un deslumbrado, a través de Francia también, por los países exóticos, un enamorado, y en esto hay que sentir la voz de la tradición y de la raza, de los clásicos españoles y también, y en esto hay que adivinar el espíritu eterno de la cultura occidental, de los maestros de la antigüedad greco-latina.

Hoy, con nuestra petulante incultura, con nuestra fundamental ignorancia filosófica, con nuestra increíble falta de formación humanística, perdidos como vivimos en una torpe adulación a las multitudes, no podemos, los que tenemos fe en

los destinos superiores del espíritu, sino admirar a este adolescente de Nicaragua que en lucha sin tregua con las más trágicas dificultades materiales, agonía que ha de durar toda su vida, quiere fervorosa y apasionadamente hacerse una cultura. Como el Hijo del Hombre, no tiene donde reclinar la cabeza. Viene de una tierra convulsionada por revoluciones sangrientas. Una oscura tragedia familiar pesa sobre su vida. Y, sin embargo, nos trae ya de Centro América todo el tesoro de una auto-educación que significa una forja heroica en disciplinas pacientes y exquisitas. Tiene diecinueve años cuando empieza a escribir en la prensa chilena. Como en su país natal, entre nosotros lee, medita, traduce, da a conocer obras y autores antiguos y modernos. La vida no es para él una fiesta y, aunque la corona de espinas se clava más de una vez en su frente, sigue, al compás de sus lecturas y sus meditaciones, creando su prodigiosa obra original. Traduce a Víctor Hugo con precoz maestría; habla en sus crónicas de Carducci y de Goethe; cita y vuelve a citar entre sus admiraciones españolas a Santa Teresa, Quevedo y Cervantes; recuerda al Momotombo de su Nicaragua natal y alude a la evocación del volcán vengador en *La Leyenda de los Siglos* de Víctor Hugo: dos temas que han de florecer más tarde en uno de sus más expresivos poemas de esencia americana; habla de Wagner y del cisne, dos temas predominantes en sus obras futuras; nombra a Walt Whitman, poeta y profeta de la democracia; evoca los nombres ilustres de Homero, Píndaro y Horacio; penetra en la selva oscura del Dante y siente el estremecimiento trágico del mundo de Shakespeare; cita con simpatía, como quien se rinde al encanto de una seducción nueva, a los escritores franceses del momento—Teófilo y Judith Gautier, Catulle Mendes, Armand Silvestre, los hermanos Goncourt—; nombra una y otra vez a los escritores y poetas españoles contemporáneos—Castelar, Campoamor, Núñez de Arce, Zorrilla, Gustavo Adolfo Becquer—; habla con cordial efusión de escritores de Chile, algunos de ellos sus fraternales amigos—Benjamín Vicuña Mackenna, Miguel Luis Amunátegui, José Victorino Lastarria, José Antonio Soffía, Guillermo Blest Gana, Eduardo de la Barra, Narciso Tondreau, Pedro Balmaceda Toro, Manuel Rodríguez Mendoza, Pedro Nolasco Préndez—; canta en versos robustos a esta tierra que ha de llamar su segunda patria en respetuosa dedicatoria al Presidente de la República don José Manuel Balmaceda:

*Nosotros los chilenos,  
cual los viejos helenos,  
dimos guirnaldas y canciones  
a aquellos indomables batallones  
que tornaron serenos  
de luchar y vencer como leones  
y de salvar la patria como buenos.  
Saludamos a Condell cuando vino  
bello como un dios joven y triunfante  
ciñéndole el destino  
en la frente radiante  
los lauros del guerrero y del marino.*

Entre los años 1886 y 1889, que son los diecinueve y los veintidós años de su edad, ha dado cima Rubén Darío en los diarios y revistas de Chile a su campaña renovadora que, pronto, habrá de conmover el espíritu de dos continentes. En 1888, el poeta tiene veintiún años, se publican las cartas de don Juan Valera que valen por una consagración. «El libro está impregnado de espíritu cosmopolita», dice el maestro español al oscuro joven de Nicaragua que escribe en este último rincón de la tierra alentado, en medio de la incomprensión, por un breve círculo de amigos fervorosos. «Sabe con amor la antigua literatura griega—continúa don Juan Valera—sabe de todo lo moderno europeo». «¿Cómo, sin el influjo del medio ambiente, ha podido usted asimilarse todos los elementos del espíritu francés, si bien conservando española la forma que aúna y organiza estos elementos, convirtiéndolos en sustancia propia?» «Yo no creo que se haya dado jamás caso parecido en ningún español peninsular. Todos tenemos un fondo de españolismo que nadie nos arranca ni a veinticinco tirones». «Hugo, Lamartine, Musset, Baudelaire, Leconte de Lisle, Gautier, Bourget, Sully-Prudhomme, Daudet, Zola, Barbey D'Aureville, Catulle Mendès, Rollinat, Goncourt, Flaubert y todos los demás poetas y novelistas han sido por usted bien estudiados y mejor comprendidos. Y usted no imita a ninguno: ni es romántico, ni naturalista, ni neurótico, ni decadente, ni simbólico, ni parnasiano. Usted lo ha revuelto todo: lo ha puesto a cocer en el alambique de su cerebro y ha sacado de ello una rara quintaesencia».

Don Juan Valera se ha estado refiriendo a *Azul*, libro de cuentos y poemas que inicia desde Chile la revolución moder-

un temblor nuevo que no es enteramente del tono del poeta sevillano:

*Llegué a la pobre cabaña  
en días de primavera.  
La niña triste cantaba,  
la abuela hilaba en la rueca  
«Buena anciana, buena anciana,  
bien haya la niña bella  
a quien desde hoy amar juro  
con mis ansias de poeta».  
La abuela miró a la niña.  
La niña sonrió a la abuela.  
Fuera, volaban gorriones  
sobre las hojas abiertas.*

*Llegué a la pobre cabaña  
cuando el gris otoño empieza.  
Oí un ruido de sollozos  
y sola estaba la abuela.  
«¡Buena anciana, buena anciana!»  
Me mira y no me contesta.  
Yo sentí frío en el alma  
cuando ví sus manos trémulas,  
su arrugada y blanca cofia,  
sus fúnebres tocas negras.  
Fuera, las brisas errantes  
llevaban las hojas secas.*

En estas obras de su iniciación literaria, escritas al traspasar apenas la adolescencia, está todo el Rubén Darío del futuro. Hombre y poeta, nada considera extraño a su espíritu. Habla de un París imaginario que sólo ha visitado en sueños; delira con japonerías e imagina cosas del país celeste, sugestionado por lecturas de sus franceses predilectos; se siente y proclama chileno en su canto a nuestras glorias épicas; exalta la belleza inmarcesible de las páginas de los autores del siglo áureo de las letras hispánicas y, arrodillado y trémulo, con la unción de nuestros más grandes místicos, se comunica con Dios en el ingrátido lenguaje de la plegaria:

*De hinojos, ¡oh, Dios mío!*  
*alzo mi ruego ante el altar sagrado.*  
*Perdón por mi desvío:*  
*perdón por mi pecado,*  
*perdón por las heridas que te he dado.*

*Derrama en mis potencias*  
*la lumbre de tu fe y de tu esperanza;*  
*quiero tus excelencias*  
*gozar; la venturanza*  
*y el bienestar que quien te adora alcanza.*

*Tú que todo lo truecas,*  
*tú que el iris pusiste en la negrura,*  
*y los tronos derruecas,*  
*y castigas la impura*  
*maldad que el hombre sigue en su locura.*

*Dame, Señor, que tenga*  
*la llama de la fe en el pecho mío:*  
*y dame que me venga*  
*tu bienhechor rocío,*  
*que es efluvio de amor, Dios justo y pio.*

*Señor, gracia por tanto*  
*que te he ofendido; acudo a tu eficacia,*  
*mira que riego llanto,*  
*mira que pido gracia*  
*en mi tribulación y en mi desgracia.*

*Yo cerré mis orejas*  
*a la palabra del amor divino.*  
*Y veo que te quejas,*  
*me llamas de continuo*  
*y me quieres llevar por buen camino.*

*¡Oh, cuán cegado he sido,*  
*apacible cordero sacrosanto;*  
*mas ahora te pido*  
*del cielo luz y encanto,*  
*gracia, gracia, Señor tres veces santo.*

*Miré la azul esfera  
y miré de zafiro la techumbre  
y viendo la pradera  
hallé tu dulcedumbre  
y en todas partes ví tu eterna lumbre.*

*Señor, ¡bendito seas!  
Bendito porque esparces tu dulzura:  
bendito porque creas,  
porque el bien es hechura  
de tu mano que enciende la luz pura.*

*Oye el coro liviano  
de pájaros parleros que te cantan;  
oye el mar oceano,  
sus olas que abrillantan  
los soles, cuando himnos te levantan.*

*Oye el maravilloso  
enjambre que del bosque va de vuelo,  
y da su armonioso  
clamor cuando en su anhelo  
de cantar y cantar se sube al cielo.*

*Encendiste la aurora  
con sólo tu mirar; con tu respiro  
creaste el cielo, que dora  
el sol que en raudó giro  
camina por un campo de zafiro.*

.....

¿Quién se lamenta tan bella y exquisitamente en esta oración rimada que, sin quererlo, hace pensar en los nombres excelsos de la mística española? ¿Es acaso San Juan de la Cruz sumergido en la contemplación de la noche oscura del alma; es Santa Teresa que levanta en el yermo los castillos iluminados de sus fundaciones, movida por la genial locura de su caballería andante a lo divino; es Fray Luis de León que sufre persecución de justicia, que lee letras profanas y divinas en griego, latín y hebreo y que siente en la noche serena la armonía pitagórica de las esferas? No es ninguno de estos nombres

ilustres el que figura al pie de esta oración. Quién así reza es un desconocido poeta de Nicaragua que tiene diecinueve años de edad y escribe en un diario que se llama *La Época* y que se publica en Santiago de Chile, remota ciudad sud-americana. Grande había sido la previsión de don Juan Valera: Rubén Darío podía sentir la seducción de las literaturas extranjeras, exóticas y cosmopolitas pero bajo esa rutilante decoración formal el fondo de raza, «el españolismo que nadie nos arranca ni a veinticinco tirones», permanecía intacto.

¿No tenemos en este Rubén Darío de Chile, en este joven que desde sus diecinueve a sus veintidós años ha estado entre nosotros tentando fortuna, preformado al Rubén Darío que me he atrevido a llamar poeta clásico?

Aquí están ya definidas sus características esenciales. Antes que todo y por sobre todo, será poeta. Obligado por la vida, hará periodismo. Pero, como el condenado a galeras del romance de Góngora, expresará en las columnas de los diarios sus inquietudes, sus anhelos, su angustia y su esperanza. Generoso y cordial, revelará en sus crónicas sus hallazgos y descubrimientos, sus *raros* que han de servirle para estimular el movimiento de renovación que acaudilla. Ensayará la novela sin alcanzar la plenitud que hace de él un maestro y un precursor en la poesía, el cuento, la crónica y la crítica. Pagano, gustador de la vida cuyos zumos ha exprimido golosamente, enamorado de los mitos helenos, evocador armonioso de centauros, ninfas, sátiros y bacantes, sabe besar con los labios pecadores la huella celeste de Cristo. Cantor del cisne immaculado, ve en el cuello del ave divina la curva de una interrogación que más de una vez ha de resonar en su obra como la expresión de la inquietud de un continente. Ya no son las frivolidades elegantes y encantadoras de *Azul y Prosas Profanas*, el mirífico libro de Buenos Aires que significa la culminación de la batalla modernista. Entra Rubén en la madurez y el cisne, ave simbólica que había sido nave, flor, príncipe, mármol, seda y armiño, es todo eso y también una alada y casta interrogación al futuro:

*¿Qué signo haces, oh Cisne, con tu encorvado cuello  
al paso de los tristes y errantes soñadores?*

*¿Por qué tan silencioso de ser blanco y ser bello  
tiránico a las aguas e impasible a las flores?*

*Yo te saludo ahora como en versos latinos  
te saludara antaño Publio Ovidio Nasón.  
Los mismos ruiseñores cantan los mismos trinos  
y en diferentes lenguas es la misma canción.*

*A vosotros mi lengua no debe ser extraña.  
A Garcilaso oisteis, acaso, alguna vez.  
Soy un hijo de América, soy un nieto de España.  
Quevedo pudo hablaros en verso en Aranjuez.*

*Cisnes, los abanicos de vuestras alas frescas  
den a las frentes pálidas sus caricias más puras  
y alejen vuestras grandes figuras pintorescas  
de nuestras mentes tristes las ideas oscuras.*

*Brumas septentrionales nos llenan de tristezas,  
se mueren nuestras rosas, se agostan nuestras palmas,  
casi no hay ilusiones para nuestras cabezas  
y somos los mendigos de nuestras pobres almas.*

*Nos predicán la guerra con águilas feroces,  
gerifaltes de antaño revienen a los puños,  
más no brillan las glorias de las antiguas hoces,  
ni hay Rodrigos ni Jaimes, ni hay Alfonsos ni Nuños.*

*Faltos de los alientos que dan las grandes cosas,  
¿qué haremos los poetas sino buscar tus lagos?  
A falta de laureles son muy dulces las rosas  
y a falta de victorias busquemos los halagos.*

*La América Española como la España entera  
fija está en el Oriente de su fatal destino,  
yo interrogué a la Esfinge que al porvenir espera  
con la interrogación de tu cuello divino.*

*¿Seremos entregados a los bárbaros fieros?  
¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?  
¿Ya no hay nobles hidalgos ni bravos caballeros?  
¿Callaremos ahora para llorar después?*

*He lanzado mi grito, Cisnes, entre vosotros  
que habéis sido los fieles en la desilusión,*

*mientras siento una fuga de americanos potros  
y el estertor postrero de un caduco león.*

*Y un cisne negro dijo: «La noche anuncia el día».  
Y uno blanco: «La aurora es inmortal, la aurora  
es inmortal». ¡Oh tierras de sol y de armonía,  
aun guarda la esperanza la caja de Pandora!*

¿Acaso esta conciencia de raza se despierta en Rubén Darío tardíamente, como un fruto sazonado de la madurez del autor? Esta preocupación por el destino continental no hace sino acentuarse con los años, con la mayor cultura y la más dilatada experiencia de los hombres y las cosas. En sus crónicas de Chile lo hemos visto más de una vez escribir con amor de su país, de la Unión de Centro América, de los políticos y escritores de su tierra, de Zenea, Gavidia, Martí, Díaz Mirón, nombres que marcan hitos en la vida espiritual del continente. En sus investigaciones últimas en torno a Rubén Darío descubre Raúl Silva Castro un tríptico americano del poeta publicado en *La Epoca* del 11 de Noviembre de 1888. Cada uno de los sonetos tiene como fondo y decoración para la acción de sus protagonistas el paisaje de América: *Chinampa* es un idilio del trópico; *El sueño del Inca* es un trozo de la leyenda áurea del país del sol; *El Toqui*, que es, con ligeras variantes, el soneto difundido más tarde con el nombre de *Caupolicán*, es un momento dramático de la epopeya de Arauco. En *Azul*, libro exquisito, aparece magnífico de luz y de fuerza el paisaje de Chile y en *Prosas Profanas* (la primera edición, de Buenos Aires, es de 1896), el libro más literario y cosmopolita del poeta, aparecen el *Elogio de la Seguidilla*; el *Pórtico* al libro *En Tropel* de Salvador Rueda; los dezires, layes y canciones a la manera de oscuros poetas del siglo XV; la bella continuación de una leyenda del Cid de Barbey D'Aureville; la evocación de Quevedo entre los nombres de Anacreonte, Ovidio y Banville, ¡siempre Grecia y Francia!, en el soneto de los poetas risueños; el recuerdo de Cervantes en el soneto de la gitanilla; el tributo cordial, con la amable alusión al «vaso de bon vino», al maestro Gonzalo de Berceo y la pintura apasionada de España en su *Divagación* que, como el poeta dirá más tarde, es un curso de geografía erótica:

.....  
*O amor lleno de sol, amor de España,  
 amor lleno de púrpuras y oros;  
 amor que da el clavel, la flor extraña  
 regada por la sangre de los toros;*

*flor de gitanas, flor que amor recela,  
 amor de sangre y luz, pasiones locas;  
 flor que trasciende a clavo y a canela,  
 roja cual las heridas y las bocas.*

En las *Palabras Liminares* de este libro hay un párrafo admirable para penetrar en la verdad del hispanismo del poeta: «El abuelo español de barba blanca me señala una serie de retratos ilustres: «Este, me dice, es el gran don Miguel de Cervantes Saavedra, genio y manco; este es Lope de Vega, este Garcilaso, este Quintana». Yo le pregunto por Teresa la Santa, por el bravo Góngora, y por el más fuerte de todos: don Francisco de Quevedo y Villegas. Después exclamo: ¡Shakespeare! ¡Dante! ¡Hugo! (Y en mi interior: ¡Verlaine!)». El adolescente de Chile que, en lo esencial continúa fiel a los nombres que nos ha ido citando devotamente en sus crónicas de nuestros diarios, ha completado aquí su panorama mental y humano. Sigue adorando a Francia, la música de Verlaine ha encantado su espíritu pero el fondo de raza se ha robustecido en el culto a los representantes más egregios del genio de España. En esto es también Rubén Darío un precursor. Cuando años más tarde la llamada generación del 98 comienza, a raíz del desastre que significó la pérdida del antiguo imperio colonial, la revisión de los valores espirituales, los nombres de Cervantes, Santa Teresa, Gracián y Góngora son mirados a través de una nueva interpretación. A raíz de la publicación de *Cantos de Vida y Esperanza* (1905) se hace tan patente el hispanismo de Rubén Darío que un crítico ilustre, Pedro Henríquez Ureña, llega a afirmar que, más que poeta americano, Rubén Darío es un poeta español. Lo cual puede ser verdadero para expresar la universalidad del canto del poeta pero no si se pretende negar su intensa preocupación por la vida de nuestro continente. Hijo de Nicaragua, se sentía ciudadano de todas las patrias de la América Española. Cuando después de una ausencia de tres lustros, emprende en 1907 un ilusionado retorno de hijo pródigo dice a sus paisanos en un discurso

memorable: «Yo he sido acogido en diferentes naciones como si fuera hijo propio de ellas. Yo guardo en mi gratitud los nombres de Chile, de Costa Rica, del Salvador, de Guatemala y de Colombia; sobre todo de esa generosa y aún actualmente eficaz República Argentina, que ha sido para mí adoptiva y singular patria». ¿Y aun en su vida trashumante no hay detalles pintorescos que tienden a darle carácter de fatalidad histórica a este americanismo de su vida continuamente trabajada por el azar y la aventura? Cuando tiene que presentarse ante Su Majestad Católica Alfonso XIII como Ministro de Nicaragua viste el uniforme del Ministro de Colombia y cuando, por las dificultades políticas de su país natal, no recibe oportunamente su sueldo de representante diplomático, debe hacer frente a la situación con sus colaboraciones de *La Nación* de Buenos Aires.

Notemos que en ningún momento separa el poeta su hispanismo de raíz fina y profunda de su original sentimiento americano. En su interrogación a los cisnes se define en plenitud cuando dice:

*Soy un hijo de América, soy un nieto de España.*

Y cuando quiere definir la esencia de la poesía de José Santos Chocano dice, creyendo tributar el más alto elogio a su compañero:

*Va como don Quijote en ideal campaña,  
vive de amor de América y de pasión de España.*

Y al finalizar su lírico *Preludio* dice cordial y jovialmente:

*Me permites, Chocano, que como amigo fiel  
te ponga en el ojal esta hoja de laurel.  
(Tal dije cuando don J. Santos Chocano,  
último de los incas, se tornó castellano).*

Azorín recoge en su libro *El paisaje de España visto por los españoles* las estrofas en que Rubén canta a Mallorca en su *Epístola* a la señora de Leopoldo Lugones. Andrés González Blanco, que escribe el *Estudio Preliminar* (1910) de las *Obras Escogidas* de Rubén lo considera «el tercer poeta europeo de la hora presente», junto a Gabriel D'Annunzio, Francis Jammes o Emilio Verhaeren, concepto que reitera llamándole más ade-

lante «poeta europeo de significación mundial» y, casi al finalizar su trabajo, «poeta universal, de vasto aliento épico, de robusta mentalidad europea, aunque fundamentalmente americano en las raíces íntimas». En época más reciente (1934) Gerardo Diego inicia con Rubén su *Antología* de la Poesía Española Contemporánea.

En su poema *A Roosevelt* recoge y expresa la angustia de todo el continente. Es la resonancia, en lenguaje lírico, de temores e inquietudes que ya expresó en sus crónicas de Chile. Dice Rubén en el prólogo de *Cantos de Vida y Esperanza*: «Yo no soy un poeta para las muchedumbres. Pero sé que indefectiblemente tengo que llegar a ellas». «Si en estos versos hay política es porque aparece universal. Y si encontráis versos a un presidente es porque son un clamor continental».

El fino cantor de los cisnes, el prodigioso artista verbal que pregunta por la princesa triste y por la risa cruel y eterna de la divina Eulalia, habla ahora como un profeta inspirado por el fuego de Dios:

.....  
*Los Estados Unidos son potentes y grandes.  
 Cuando ellos se estremecen hay un hondo temblor  
 que pasa por las vértebras enormes de los Andes.  
 Si clamáis, se oye como el rugir del león.  
 Ya Hugo a Grant lo dijo: «Las estrellas son vuestras».  
 (Apenas brilla, alzándose, el argentino sol  
 y la estrella chilena se levanta). Sois ricos.  
 Juntáis el culto de Hércules al culto de Mammón  
 y alumbrando el camino de la fácil conquista  
 la libertad levanta su antorcha en Nueva York.  
 Mas la América nuestra que tenía poetas  
 desde los viejos tiempos de Netzahualcoyotl,  
 que ha guardado las huellas de los pies del gran Baco,  
 que el alfabeto pánico en un tiempo aprendió,  
 que consultó los astros, que conoció la Atlántida  
 cuyo nombre nos llega resonando en Platón,  
 que desde los remotos momentos de su vida  
 vive de luz, de fuego, de perfume y de amor,  
 la América del grande Moctezuma, del Inca,  
 la América fragante de Cristóbal Colón,  
 la América católica, la América española,  
 la América en que dijo el noble Guatemoc:*

*«Yo no estoy en un lecho de rosas»; esa América  
que tiembla de huracanes y que vive de amor,  
hombres de ojos azules y alma bárbara, vive.  
Y sueña. Y ama y vibra; y es la hija del sol.  
Tened cuidado. Vive la América Española.  
Hay mil cachorros sueltos del León Español.  
Se necesitaría, Roosevelt, ser por Dios mismo  
el Riflero terrible y el fuerte Cazador,  
para poder tenernos en vuestras férreas garras.  
Y pues contáis con todo, falta una cosa: ¡Dios!*

El poeta de las locas faunalias llama en su auxilio a Dios. Es el perfume agreste de la infancia que le mece y acaricia el alma aún en sus momentos de más exaltado paganismo. Recordemos su maravilloso *Responso* a Verlaine. El poeta evoca la sombra errante de un sátiro espectral. Y cuando sentimos desfilar las teorías de canéforas, cuando voluptuosamente resuenan palabras que hablan de la alegría de la vida,

*rocío, vino, miel,*

una sobrecogedora visión cristiana aparece más alta y más clara que todos los mitos gozosos y jocundos:

*Y huya el tropel equino por la montaña vasta;  
tu rostro de ultratumba bañe la luna casta  
de compasiva y blanca luz;  
y el sátiro contemple sobre un lejano monte  
una cruz que se eleve cubriendo el horizonte  
¡y un resplandor sobre la cruz!*

Cuando, más tarde, canta a la muerte de Fray Mamerto Esquiú, obispo de Córdoba, recuerda la zampoña verlainiana antes de grabar una rosa y una cruz en el mármol del Príncipe de la Iglesia. Y cuando quiere expresar las complejidades de su espíritu dice:

*Entre la catedral y las ruinas paganas  
vuelas, oh, Psiquis, oh, alma mía.*

Cuando en Octubre de 1900 besa lleno de unción el anillo de León XIII y siente que la caña del pescador recoge su alma,

escribe: «¿Es una madeja de seda, es una flor, un lirio de cinco pétalos, un viviente lirio pálido, acaso una pequeña ave de fina pluma? No, ni madeja de seda, ni lirio, ni pájaro delicado: es la mano del Pontífice, es la diestra de León XIII la que acabo de tener entre mis dedos, y mi beso sincero se ha posado sobre la esposa que recompensa en una irradiación de infinita esperanza la fe que no han podido borrar de mi espíritu los rudos roces del mundo maligno y la lima de los libros y los ácidos ásperos de nuevas filosofías». Pero ya en Noviembre del mismo año, al continuar su peregrinación hacia Nápoles, escribe con la misma unción que al besar la esmeralda del papa blanco: «Vamos a rezar un exámetro a la tumba de Virgilio».

¿Contradicción? Más bien un rasgo que define su excelsa calidad de clásico. El clásico siente la armonía de los contrarios; trata de realizar en sí mismo la unidad que busca el filósofo en las cosas dispersas; quiere alcanzar la perfección suprema iluminando el caos con una ordenación que significa disciplina, amor a la norma, respeto a la jerarquía. El clásico aspira a ser eterno pero para ello comienza por interpretar a su tiempo; pretende ser universal y para alcanzarlo es, primero, hijo auténtico de su tierra; quiere expresar lo profundo e inefable y lo logra cuando la claridad, sencilla y humilde, resplandece en su expresión. El clásico viene a acrecentar el tesoro de la tradición, viene a enriquecer el espíritu de una raza ensanchándolo con una mayor universalidad y estremeciéndolo con una más cordial palpitación humana.

Tal fué el significado del movimiento renovador de Rubén Darío. Su hispanismo, que es fervor de raza, no hace más que acentuarse en poemas tan significativos como—y hay que conformarse con citar estos poemas porque, puestos a leer uno habría que leerlos todos,—*Salutación del optimista*, *Cyrano en España*, *Letanía de Nuestro Señor don Quijote*, *Al Rey Oscar*, *Retratos*, *Un soneto a Cervantes*, *A Goya*, *Valldemosa*, *Epístola a la señora de Leopoldo Lugones*, *Soneto a don Ramón del Valle Inclán*; su americanismo, que es preocupación por el destino del continente y amor a su paisaje múltiple y germinal, encuentra expresión adecuada en *A Colón*, *Momotombo*, *Desde la Pampa*, *Oda a Mitre*, *Tutecotzimí*, *Tríptico de Nicaragua*, *Canto a la Argentina*, *Del Trópico*, *Allá Lejos*. No le reprochemos, como han hecho críticos cegados por la pasión política, su *Salutación al Aguila* en que canta la grandeza del pueblo norteamericano y en la que, sin ahondar lo suficiente, se quie-

re ver una contradicción con el apóstrofe a Roosevelt. El poeta, preocupado siempre del porvenir de la América Española, quiere para nosotros las virtudes de la tenacidad y la constancia, en lo material, y de la religiosidad, en lo espiritual, que han hecho la grandeza de los americanos del norte.

.....  
*Es incidencia la Historia. Nuestro destino supremo  
 está más allá del rumbo que marcan fugaces las épocas.  
 Y Palenque y Atlántida no son más que momentos sober-*  
 (bios  
*con que puntúa Dios los versos de su augusto Poema.*

*Muy bien llegada seas a la tierra pujante y ubérrima,  
 sobre la cual la Cruz del Sur está, que miró Dante  
 cuando siendo Mesías impulsó en su intuición los bajeles  
 que antes que los del sumo Cristóbal supieron nuestro cielo.*

*¡Et pluribus unum! ¡Gloria, victoria, trabajo!  
 Tráenos los secretos de las labores del norte,  
 y que nuestros hijos dejen de ser los retores latinos,  
 y aprendan de los yanquis la constancia, el vigor, el carácter.*

*¡Dínos, Aguila ilustre, la manera de hacer multitudes,  
 que hagan Romas y Grecias con el jugo del mundo presente,  
 y que, potentes y sobrias, extiendan su luz y su imperio  
 y que teniendo el Aguila y el Bisonte y el Hierro y el Oro,  
 tengan un áureo día para darle las gracias a Dios.*

.....

*¡Aguila que estuviste en las horas sublimes de Patmos,  
 Aguila prodigiosa, que te nutres de luz y de azul,  
 como una Cruz viviente, vuela sobre estas naciones  
 y comunica al globo la victoria feliz del futuro!*

No existe la contradicción que han visto críticos más amigos de las apariencias que de las esencias. Lamentó antes el poeta la imprevisión de los suyos. Ahora vé en el águila el símbolo imperial de la fuerza y dice a los suyos que aprendan las virtudes que simboliza el ave heráldica para ser también, como el pueblo que bajo sus alas se cobija, fuertes, poderosos, sanos de cuerpo y alma. ¿No parecen estas palabras de un dis-

curso del poeta en su tierra de Nicaragua un comentario a la discutida *Salutación* escrita un año antes en Río de Janeiro? «Yo no aconsejo a la juventud de mi patria que se dedique a las tareas de las artes. Esas cosas no se aconsejan. Que el que nazca con su brasa en el pecho sufra eternamente la quemadura. Mas que no se crea que el llevar esa brasa es voluntario y sobre todo, grato. Los escogidos de las artes son muy pocos. Y la República tiene necesidad de otras energías más abundantes para felicidad positiva de la comunidad, energías florecientes que quizás podrían torcer su rumbo engañadas por mirajes halagadores».

Poco antes de morir, espantado por la locura sangrienta de la guerra, irá el poeta a los Estados Unidos a predicar su evangelio de paz. Entonces, en unas breves palabras de introducción, habrá de repetir otra vez su admiración por ese pueblo que «a pesar de sus vastas conquistas prácticas y de su constante lucha material es el único en el mundo que tiene un *Thanksgiving Day*». El poeta sigue pensando en Dios. En medio de sus angustias civiles no lo abandona la congoja mística. Decía José Santos Chocano en un poema dedicado a su amigo que él y Rubén Darío se atrevían todavía a creer públicamente en Dios. Y Rubén, en uno de los *Abrojos* de su atormentada adolescencia, apuntaba sarcásticamente:

*¡Qué cosa tan singular!  
¡Ese joven literato  
aún se sabe persignar!*

Y en su discurso de la Universidad de Columbia, el 4 de Febrero de 1915, (Rubén Darío muere el 7 de Febrero de 1916), insiste: «Sé que para algunas gentes, como decía el famoso M. de Buloz, director de la *Revue de Deux Mondes*, Dios no es de actualidad. Yo creo, sin embargo, en el Dios que anima a las naciones trabajadoras y no en el que invocan los conquistadores de pueblos y destructores de vidas».

Rubén sintió desde adolescente el horror de la guerra. En crónica publicada en *La Época* del 29 de Abril de 1887 bajo el título de *El Rey Krupp* dice: «Por esto, por lo otro, por lo de más allá, hoy, mañana o pasado mañana estallará la guerra entre Alemania y Francia». Cuenta después lo que significa el poderío de la fábrica de Krupp y termina: «En tanto, mientras en tierra de Francia el pueblo conmovido se agita recor-

dando a Sedan, en el país de los hombres de los ojos azules, tras un velo de paz muy fácil de rasgarse, se oye un ruido de fusiles y cascos que se entrechocan. ¡Oh, tal vez muy pronto sonarán los clarines!»

¿No pueden considerarse estas líneas, que escritas hoy mismo serían actuales, como el preludeo del famoso soneto a Francia, escrito en 1893, en que el poeta, lleno de inquietud advierte a su Lutecia bien amada de

*...el viento que arrecia,  
el viento que arrecia del lado del férreo Berlin?*

¿No sentimos palpitar aquí la misma ansiedad humana que se torna religiosa y mística en el *Canto de Esperanza* en que el poeta, desconsolado por los signos trágicos del mundo contemporáneo, clama desde su desamparo a Cristo como a una milagrosa áncora de salvación?

*Un gran vuelo de cuervos mancha el azul celeste.  
Un soplo milenario trae amagos de peste.  
Se asesinan los hombres en el extremo Este.*

*¿Ha nacido el apocalíptico Anticristo?  
Se han sabido prodigios y presagios se han visto  
y parece inminente el retorno del Cristo.*

*La tierra está preñada de dolor tan profundo  
que el soñador, imperial meditabundo,  
sufre con las angustias del corazón del mundo.*

*Verdugos de ideales afligieron la tierra,  
en un pozo de sombras la humanidad se encierra  
con los rudos molosos del odio y de la guerra.*

*¡Oh, Señor Jesucristo! ¿Por qué tardas, qué esperas  
para tender tu mano de luz sobre las fieras  
y hacer brillar al sol tus divinas banderas?*

*Surge de pronto y vierte la esencia de la vida  
sobre tanta alma loca, triste o empedernida  
que, amante de tinieblas, tu dulce aurora olvida.*

*Ven, Señor, para hacer la gloria de ti mismo,  
ven con temblor de estrellas y horror de cataclismo,  
ven a traer amor y paz sobre el abismo.*

*Y tu caballo blanco, que miró el visionario,  
pase. Y suene el divino clarín extraordinario.  
Mi corazón será brasa de tu incensario.*

El poeta civil, actual siempre, es también un poeta sacudido por íntimas inquietudes religiosas. En su poema *Pax*, leído en la Universidad de Columbia un año antes de su muerte, traza, al levantar al cielo su plegaria, el panorama del mundo sumido en luto y en desgracia:

*La humanidad, inquieta,  
ve la muerte de un Papa y el nacer de un cometa:  
como en el año mil.  
Y ve una nueva Torre de Babel  
desmoronarse en hoguera cruel  
al estampido del cañón y del fusil.*

Y otra vez mira pasar el caballo blanco que trae al Salvador:

*Si la paz no es posible que como en Isaías  
las ciudades revienten;  
que sean de tinieblas las noches y los días;  
que las almas que sienten  
soplos de Dios, duerman sueño profundo  
mientras que se deshace y se desangra el mundo.*

*Y que cuando del apocalíptico enigma  
surja el caballo blanco con resplandor y estigma  
los únicos que se hundan en la santa verdad  
sean los puros hombres de buena voluntad,  
que entre las zarzas ásperas de este vivir han visto  
las huellas de los pasos de Nuestro Padre Cristo.*

Pero en su espíritu profético alienta la esperanza generosa de la reconciliación de los pueblos que se desangran en la bélica contienda. Su voz adquiere la resonancia religiosa del ór-

gano de una catedral antigua cuando mirando al pasado y el presente adivina el futuro:

*Era en 1870.  
Francia ardía en su guerra cruenta,  
Hugo en versos soberbios lo cuenta.*

*Y París, la divina, en su pena,  
a las fiestas usuales ajena,  
sólo sombra ve en su Noche Buena.*

*Y era el sitio y el hambre y la furia  
y el espanto y el odio y la injuria.  
Todo muerte o incendio o lujuria.*

*En un lado del Sena está lista  
la tremenda, alemana conquista;  
y en el otro, la Francia imprevista.*

*Dan las doce—la mágica hora  
que presagia una mística aurora—  
las campanas de Nuestra Señora.*

*Y en la orilla izquierda del Sena  
en la sombra nocturna resuena  
un noel de ritual Noche Buena.*

*Un silencio. Y después, noble, austero,  
contestó aquel ejército fiero  
con un grave coral de Lutero.*

*Y en la noche profunda de guerra,  
Jesucristo, que el odio destierra,  
por el canto echó el mal de la tierra.*

*¿No habrá alguno de raza más joven  
que, rompiendo a la guerra su yugo,  
pueda unir el poder de Beethoven  
con el canto que dió Víctor Hugo?*

¡Vivat Gallia Regina! ¡Vivat Germania Mater!  
*Esta salutación que al gran lírico plugo,  
 ¡hace arder esa selva y rugir ese cráter  
 y al Angel de la Paz lo convierte en verdugo?*

*Si la princesa austriaca destroza su abanico,  
 Guillermo en sus palacios entroniza a Watteau,  
 y sabe que la flauta del Grande Federico  
 aun ignoraba el triste Requiem de Waterloo.*

*Mas hay que juzgar siempre que si es dura la lucha  
 del tigre, del león, del águila en su vuelo:  
 si los hombres guerrear es porque nadie escucha  
 los clarines de paz que suenan en el cielo.*

*Krupp hace el crudo espanto que a Thanatos  
 (alegra;  
 pero el de Asís fué pasmo que al Bajísimo enoja:  
 Húsares de la muerte deben llevar cruz negra  
 mientras las dulces gentes de amor llevan Cruz Roja.*

*¡Oh, pueblos nuestros! ¡Oh, pueblos nuestros!  
 (Juntaos  
 en la esperanza y en el trabajo y la paz.  
 No busquéis las tinieblas, no persigáis el caos  
 y no reguéis con sangre nuestra tierra feraz.*

El cisne está herido de muerte. Mezcla en su canto a las angustias de la humanidad su dolor íntimo, su soledad trágica en medio de la pobreza y de la gloria. El estremecido acento humano de sus *Nocturnos*, de *Lo Fatal*, de *De Otoño*, de *Melancolía*, de *Canción de Otoño en Primavera*, de *La Cartuja* y *Peregrinaciones*, dos poemas en que vuelve a asomar un misticismo intenso y doloroso, del poema inicial de *Cantos de Vida y Esperanza*, que es una confesión, del *Poema del Otoño*, expresión punzante de una angustia cósmica en que las guirnaldas paganas se entrecruzan con las voces del Eclesiastés, aparece y reaparece sacudido por el pavor de la muerte e iluminado por la ternura humilde con que besa las manos de su hijito Rubén Darío Sánchez o canta la pasión triste y sin sentido de la amiga y compañera de sus días grises:

*Ajena al dolo y al sentir artero,  
llena de la ilusión que da la fe,  
lazarillo de Dios en mi sendero,  
Francisca Sánchez, acompáñame.*

*En mi pensar de duelo y de martirio,  
casi inconsciente me pusiste miel,  
multiplicaste pétalos de lirio  
y refrescaste la hoja de laurel.*

*Seguramente Dios te ha conducido  
para regar el árbol de mi fe:  
hacia la fuente de noche y de olvido,  
Francisca Sánchez, acompáñame.*

Rubén Darío ha alcanzado en la sencillez el don de expresar lo inefable. Conquista suprema del clásico. Con las palabras del pueblo dice los sentires eternos:

*Hacia la fuente de noche y de olvido,  
Francisca Sánchez, acompáñame.*

En Nueva York, donde comienza su campaña pacifista, cae enfermo. Está solo y pobre.

«Me alejo de Guatemala en busca del cementerio de mi pueblo natal» escribe a Gómez Carrillo cuando, perdida toda esperanza, toma la ruta de Nicaragua. Comenzó su cruzada bajo la advocación del italiano:

*Io vo gridando: ¡Pacel! ¡Pacel! ¡Pacel!*

Pero ya apenas si tiene fuerzas para regresar a su tierra. Ya no sabe sino rezar y llorar:

*Mis ojos espantos han visto.  
tal ha sido mi triste suerte.  
Cual la de mi señor Jesucristo  
mi alma está triste hasta la muerte.*

*Hombre malvado y hombre listo  
en mi enemigo se convierte.*

*Cual la de mi señor Jesucristo  
mi alma está triste hasta la muerte.*

*Desde que soy, desde que existo,  
mi pobre alma armonías vierte.  
Cual la de mi señor Jesucristo  
mi alma está triste hasta la muerte.*

Y, triste hasta la muerte, termina su agonía en León de Nicaragua. Tras la muerte viene la apoteosis. Después, el silencio. Pero cuando, con renovada curiosidad nos acercamos a su obra, la sentimos latir y vivir, en una fresca y perenne actualidad, en una eternidad que viene del fondo del pasado y se proyecta serena y luminosamente al porvenir para anunciarnos que en su impetuosa juventud nuestra América, violenta y romántica, ha dado a la literatura española el mayor de sus clásicos contemporáneos.

Santiago de Chile, 1935.